

El agobio de unos pocos

Por: Juan Manuel Toro Monsalve
juancho8796@hotmail.com

Cientos de historias van y vienen. Mamertos por aquí y por allá. Una minoría se expresa desde la lucha armada, mientras, otra lo hace desde amplios espacios de la democracia. Llenan sus bocas desprestigiando toda institución cobijada bajo la legalidad y lo constitucional. Así mismo, se ven las patadas de ahogado y paños de agua tibia de comunicadores alternativos oprimidos, así renieguen, se respeta su libertad de expresión. Varios prenden alarmas cuando de tocar a sus afines en las selvas se trata. En cambio, su cautela es grande de crímenes cuyo responsable es la subversión.

Desde el 7 de enero de 1999 el episodio de la silla vacía marcó al país. Fue un desplante que vaticinó un proceso sin final feliz, pues 42.130 km² se habían dejado a merced del terrorismo; una zona desmilitarizada para formar un "laboratorio de paz", como pronunciaba por la época "Tirofijo". Conforme al análisis de Miguel Posada Samper del Centro de Análisis Sociopolíticos, el despeje sirvió para que las Farc aumentaran su número de combatientes, recepcionaran

“ Por una guerra sin sentido, los colombianos pagan alto precio en lo social y económico. ”

10.000 fusiles de Jordania y misiles antiaéreos, mantuvieron secuestrados, cultivaron 15.000 hectáreas de coca y posicionaron su imagen a nivel nacional e internacional. Gracias a sus acciones de terror contra la infraestructura, la economía y la población que dicen proteger, hicieron que se rompiera con un proceso intransigente. En consecuencia, ¿cómo no responder a una guerra declarada a 44 millones de colombianos? La incredulidad de pocos, años después de la "farsa", alcanza para pedir una salida política y dialogada al conflicto con despeje abordo. Las Farc ya tuvieron su cuarto de hora y no lo aprovecharon.

Que se atengan entonces al repudio de la mayo-

ría. El 4 de febrero de 2008 quedará en la memoria de todos. No eran esos cientos retraídos con emblemas comunistas, tampoco una marcha oligarca y derechista. Fueron millones quiénes se manifestaron ¡por fin! para mostrar al mundo que Colombia no aguanta más. La población civil no soporta más el terrorismo ni el secuestro. Las Farc no representan ninguna simpatía con la mayoría, tildada de ignorante ante un régimen "fascista" que gobierna desde el 2002.

Una marcha segmentada por mamertos vestidos de amarillo que montaron rancho aparte porque no tocaba la sensibilidad del país. Una oposición que siembra cizaña ante el accionar del Estado, pero guarda recelo enorme sobre el accionar de los violentos. "Es solo un tropiezo", expresaba una senadora de la masacre indígena en Nariño. La misma que porta boinas, viste y recibe flores de terroristas. Pero claro, como no fueron los paramilitares, no fue un genocidio, una masacre, o una ejecución. Sin nombrar años atrás la matanza a sangre fría del Gobernador de Antioquia, su consejero y de otros "prisioneros de guerra", al igual del falso positivo de once diputados del Valle, señalado con descaro hacia las Fuerzas Armadas y que muestra una imagen errónea en el exterior. Para fastidio de muchos, esas Fuerzas Militares "violadoras" de los Derechos Humanos tienen el 82% de respaldo popular, según encuesta reciente de la firma Invamer Gallup y junto a la Iglesia Católica, son los entes de mayor favorabilidad, credibilidad y las instituciones más respetadas en el país.

Por una guerra sin sentido, los colombianos pagan alto precio en lo social y económico. Sin embargo, tarde que temprano había que ponerle el pecho a esa "farsa" de proyecto "revolucionario" y a un derramamiento de sangre que continúa sin estancar. El poder jamás se tomará por las armas. Se podrá iniciar un proceso de negociación factible cuando desistan de sus armas e intenciones violentas. Ésto sólo ocurrirá cuando vean su fuerza mermada y encaminadas hacia la derrota. Pero como dijo el ex presidente Andrés Pastrana al culminar la mentira del Caguán: ¡Un ejército de 40 millones de colombianos es invencible! ¡Nunca podrán derrotarnos! ■